

MIRCEA CARTARESCU

Poemas, microscopios, visiones, amor.

TEXTO TONI ITURBE FOTO ASÍS G. AYERBE

En *Librújula* somos cartaresquistas. En las quinielas del premio Nobel que se manejaron hace unas semanas aparecía un rumano llamado Mircea Cartarescu. A los 30 años dejó de escribir poesía, tal vez porque los versos ya no podían contener su erupción poética, y trasladó a la narrativa su microscopio con lentes de carne y fe que miran tan adentro que ven una realidad igual de alucinante que la del mundo de los virus. Pero los virus somos nosotros. Se reúne ahora una selección de los años de poesía desahogada del joven Cartarescu. Una traducción sobresaliente de Eta Hrubaru y Marian Ochoa de Eribe, la traductora al castellano de los libros de Cartarescu, que más que una traductora es una médium. Nos dice Cartarescu: “Es el corpus de mis poemas, escritos en mi juventud, en un esfuerzo continuo, alucinatorio y agotador, que duró doce años. Fue la época en la que viví mi vida sin descanso, solo en poesía. Cuando miro hacia atrás, veo de inmediato esa llama brillante”. Para hablar de esas llamas le proponemos una conversación por correo electrónico y nos responde a todo desde su casa de las afueras de Bucarest.

Estos versos fueron escritos hace muchos años.

¿Qué queda de ellos en el Mircea de 2021?

Nunca cambié esencialmente. Ni mi evolución interior ni el cambio social y político del mundo podrían cambiar mi punto de vista sobre lo que debería significar y ser la literatura. Mi escritura es la misma desde mi primer poema publicado, escrito cuando tenía 20 años, hasta la novela en la que estoy trabajando hoy, a los 65. No hay diferencia entre mi poesía y mi prosa. Desde el principio fui poeta y seguí siendo poeta hasta ahora. En realidad, mi último libro es un libro de poemas (no incluido en *Poesía esencial*) llamado *Nunca llores por ayuda*, que publiqué el año pasado. Si miro hacia atrás, todo lo que quería en esta vida era hacer una entrevista muy larga conmigo mismo. Todos y cada uno de los libros que publiqué fueron una respuesta a esta entrevista interior.

Te escuché decir en una intervención en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona que "la esencia de la poesía es el olvido de uno mismo". Me desconcierta un poco. ¿No es la poesía la sublimación de la mirada



subjetiva, del dolor del amante descontento, del deseo que brota en su interior...?

Como en todas las religiones, la esencia de la poesía es el desapego. No el desapego de la vida, el amor, el dolor, el miedo, la dicha, todo lo que te hace humano, sino el desapego de tu ego. Cuando escribes poesía no lo haces para satisfacer tu ego, para conseguir fama, celebridad, carrera, dinero, premios. La poesía es una forma de olvidarte de tu obsesión por escalar cada vez más alto, elevándote por encima de todos, como en las listas musicales. La poesía es humildad y, como el dios Krishna le dijo al guerrero Arjuna en un libro antiguo, es hacer cosas sin desear los frutos de tus actos. Un verdadero poeta puede escribir sobre su vida cotidiana o sobre cuestiones filosóficas importantes, o sobre una noche de sexo, o sobre visiones inducidas por drogas, o sobre problemas políticos e ideológicos, realmente no importa. La poesía no es "sobre". Nunca tiene tema. La poesía comienza desde el momento en que te das cuenta de que no hay tema. No, yo, yo y yo. Esto es volver a la época en la que todavía te llamabas "él", no yo.

En mi opinión de lector ordinario, tu trabajo narrativo parece más poético, más intenso, proyectivo, inesperado, emotivo que tu trabajo en verso. ¿Hay poesía más allá de los versos?

Sí, puede parecer así, pero simplemente lo parece. De hecho, mi poesía está tan profundamente arraigada en el idioma rumano que siempre tuve dudas sobre su traducibilidad. Por supuesto, todo es traducible, incluso *Finnegans Wake*, pero tiene su coste. En el caso de mis poemas, el coste puede ser muy alto. Por ejemplo, uno de mis libros más importantes, *El Levante*, está escrito en un lenguaje totalmente artificial basado en el antiguo rumano. Incluso el lector rumano tiene dificultades para comprender ese antiguo lenguaje peculiar, que es infinitamente expresivo. Para darle a este libro la oportunidad de ser traducido a un idioma extranjero, lo traduje primero al rumano moderno. Además, cambié sus 7000 versos hexamétricos a prosa.

Pero esto no ayudó demasiado, porque mi poema tiene un problema aún más catastrófico: casi cada verso es una cita cultural o una alusión a toda la historia de la poesía rumana que, huelga decirlo, nadie

conoce excepto algún refinado lector rumano. Además, implica alusiones a hechos históricos y políticos que nadie puede entender fuera de mi país. ¿Cómo puede un libro así decirle algo a un lector español? Mi valiente traductora, Marian Ochoa, dio una versión espléndida de este libro, pero los costes también son muy altos: la mitad del libro se pierde fatalmente. Esto es cierto para todos mis poemas, sean cortos o largos. La mayoría son irónicos, lúdicos, llenos de juegos de palabras, nada es lo que parece. Es una comedia de lenguaje que, a primera vista, debería desconcertar al lector extranjero. Sin embargo, la traducción al español es tan buena que un lector obstinado debería superar rápidamente las dificultades y disfrutar de los poemas.

Desde Raymond Chandler hasta Edgar Allan Poe, hay una larga lista de escritores que comenzaron como poetas y luego lo dejaron. ¿Hay un momento para ser poeta y un momento para dejar de serlo?

Bueno, en cierto modo la poesía es un arte de juventud. Un poeta es un guepardo, no un león, es más rápido, pero con una respiración más corta. La mayoría de los poetas pierden el aliento después de unos siete años. En general, esta es la fecha de expiración de un poeta. Afortunadamente, la poesía no es solo el arte de los versos, sino que también tiene un significado más amplio: es principalmente una forma extraña, oblicua y autista de ver las cosas. Si tus versos empiezan a perder terreno alrededor de los 30 años, como les pasa a la mayoría de los poetas, aún puedes ser poeta en tus novelas y cuentos, en tu vida cotidiana, en todo lo que sientes y percibes. Si tienes un verdadero cerebro de poeta, envejecerás como poeta y morirás como poeta.

Hablas de la bilis en los cuerpos, de ese amante que regula su oxitocina en otro...

¿Crees que el esfuerzo de siglos por separar lo espiritual de lo fisiológico es algo estéril?

No sé si estéril es la palabra, pero sí, hay algo un poco embarazoso e inquietante en esta separación que, desde Descartes hasta nuestros días, ha dividido al ser humano en dos entidades distintas, el cuerpo y la mente (o el alma). Es la naturaleza esquizoide de nuestro pensamiento y forma de vida europeos. Si este tipo de separación puede ser crucial para las ciencias, no es nada bueno para las artes, que no pueden ser

esquizoides, sino holísticas. La poesía, principalmente, es un tipo de conocimiento que no conoce fronteras ni fronteras (ni siquiera entre ciencia y arte, o filosofía y religión). La poesía siente el hondo aliento del Todo, negándose a separarlo en múltiples fosas nasales.

Es innegable en tu trabajo que la literatura brota de tu interior. Sin embargo, a veces hay guiños a los lectores, a "aquellos que han estado leyendo mis libros durante años y años". ¿Qué lugar ocupa el lector en tu obra?

El lector no es solo mi hermano, como lo fue para Baudelaire, es mi hermano gemelo. O mejor dicho mi hermana gemela, la mayor parte del tiempo pienso en mi lectora como una mujer. El arte de escribir implica la colaboración más profunda entre el escritor y el lector, una colaboración más estrecha que en todas las demás artes. En realidad, el lector es el coautor del libro, aportando todos los colores de su experiencia de ella. Si el escritor dice: "Fue una tarde ventosa de otoño", el lector no recibe la noche de la mente del escritor, sino que la sustituye con el recuerdo de una tarde ventosa de otoño que él o ella experimentó una vez en su propia mente. El libro es solo un código, una percha donde el lector cuelga su propio abrigo. O podemos decir que hay un espejo entre dos mentes gemelas. No hay un gran escritor sin un gran lector.

El autor de estos versos se declara incapaz de cambiar el mundo, de ser un ciego frente al espejo. Si intentar cambiar el mundo es un absurdo imposible y no cambiarlo nos sumerge en la apatía y la permisividad ante las injusticias... ¿hay algo que podamos hacer para evitar sentirnos ridículos o miserables?

Nuestro destino como seres humanos es la incertidumbre. Siempre estamos en el medio, en uno de esos estados ambiguos llamados por los místicos asiáticos "bardo". Somos vagabundos en busca de la verdad, pero nuestro mayor temor es que algún día realmente la encontremos. Odiamos el cambio (nunca cambiaremos el mundo: el mundo se cambia a sí mismo), y también odiamos quedarnos quietos. Odiamos estar solos, pero también odiamos sentirnos en un lugar abarrotado. La poesía describe precisamente este equilibrio extremadamente inestable de nuestro ser, sintiéndonos, como cantaba

Leonard Cohen, "como un pájaro en un alambre, como un borracho en un coro de medianoche"... Sentirse ridículo y miserable como dices es parte de la definición de nuestro trabajo. A veces tenemos que ser así ("¡no soy un hombre, soy una condición!", escribió Salinger en una carta), otras veces tenemos que estar llenos de alegría. Ninguna de las dos cosas dura para siempre, la vida es una alternancia entre estados mentales.

"No voy a resolver el misterio", dices. Sin embargo, al afirmar eso ya estás reconociendo que, de hecho, hay un misterio. Entonces, a riesgo de aventurar una idea loca: ¿dónde puede estar ese misterio de la vida?

Hay un misterio. De hecho, todo es un misterio. La conciencia es un misterio y el mundo es (quizás el mismo) misterio. No es trabajo del poeta resolverlo, sino reflejarlo en miles de rostros, como Kafka expresó su situación de él en cientos de parábolas. No la luz, sino la penumbra es nuestro reino.

Dios aparece en tus versos, ese ojo de Dios que te mira desde el microscopio. Pero tu Dios no parece el Dios ordenado y predecible de las religiones monoteístas. Nunca he olvidado que cuando nos conocimos en Bucarest, antes de la pandemia para un artículo (*Librújula* nº 31), te pedimos que dieras un paseo por los lugares más importantes de tu literatura y me llevaste a los pisos de tu infancia en Stefan Cel Mare, al Circus Park, a la universidad... ¡y entramos en el monasterio de Stavropoulos!

Sí, también recuerdo ese hermoso día de Bucarest que mencionaste y estoy muy contento de que nos volváramos a encontrar en esta conversación.

Disculpa por una pregunta tan íntima, si prefieres no responder me parecerá bien. ¿En qué tienes fe?

Para responder a tu pregunta, citaré al músico que más amo, John Lennon. En su canción *God* desgrana una larga lista de cosas en las que ya no cree: todos los dioses y héroes y mitos de la humanidad, incluidos los Beatles. Al final de la canción agrega: "Solo creo en mí, en Yoko y en mí". Es la respuesta más honesta y adorable. Sí, todos creemos en lo que podemos amar. La fe y el amor son una y la misma cosa. Si realmente sientes amor por alguien o algo, tu vida está llena y conoces a Dios. ●

